

Domingo 30 de Octubre de 1977



CRI-CRI, una obra digna del mejor teatro de cualquier país. Un homenaje a Francisco Gabilondo Soler. Talento llevado al escenario por el maestro Alfredo Mendoza Gutiérrez (Fotos color de Rubén Pérez Chacón).

CRI-CRI, Inspiración de Francisco Gabilondo

Por Manuel López Pérez.

de cierto os digo que si no os volviereis, y fuereis como niños, no entrareis en el reino de los cielos.— Mateo. 18—3.

Un maestro, gran jerarquía humana; un artista, signo prócer de valor humano. Maestro y artista, conjunción estelar. Tal es el juicio que nos ha recibido Alfredo Mendoza Gutiérrez, después de haber asistido el domingo 16 de octubre a la función de TEATRO INFANTIL que, con su grupo, ofreció a la niñez moreliana. Fue teatro, pero no solo para infantes, sino para hombres, y aún nos atreveríamos a decir que hombres culturalmente bien configurados, porque estuvieron frente a una plenitud estética. Si es verdad, —según la sabiduría cristiana—, que es necesario ser niño —puesto que hay que hacerse como niño—, para entrar en el reino de los cielos, en éstos tiene que existir un ámbito de niñez, y por eso no resultaría calificar de frívola a lo que es muy bien lograda expresión de eufórica pureza.

Aquí el término infantil pierde la minimización que implica, ya que el deleite es fruto para cualquier alma humana que en verdad lo sea.

preparación y escritura del libreto, o sea la concepción del guión teatral: asunto, estudio, elenco, ese nograria, luces y sobre todo la sincronización de parlamentos, melodías y canciones grabadas, con los movimientos de los labios, los movimientos gimnásticos, los juegos, el ballet. Tarea inapreciable, pero coronada por el éxito! Qué manera tan fina de orientar al espectador acerca de un personaje con características de numen: "el Grillito", tan ágil, tan dominador de su encargo; y luego el hada moviéndose con tal viveza de plantas que parecía haber puesto los pies en una nube; todos, absolutamente todos los actorcitos, impeccables, desplazándose con propiedad en el seno de una sinfonía de luz, inspirada por la alegría dedicada a ofrecer tributos de amor al artista que hizo penetrar a los niños, como sus grandes antepasados, Grimm, Perrault, Andersen, Disney, los fabulistas griegos, latinos, hispanos, de todo el mundo, en una palabra, el templo donde se adora la fantasía y se admira el bien, el supremo bien e inmarcesible rosa de la euforia.

zar es una forma de admirar— y nosotros los mayores, también.

Alfredo Mendoza Gutiérrez ha llegado al zenit de su carrera artística y, seguramente se mantendrá en él hasta que la vida lo disponga.

Finalizamos esta nota confirmando que siempre tuvimos la esperanza de ver llegar a Mendoza Gutiérrez al sitio que acaba de conquistar. Las huellas del arte de Maese Pedro tuvieron en el caminar trotocinco de sus personajes, su rinconcito en el escenario de los títeres; pero esta comedia musical, inspirada en la biografía artística de Francisco Gabilondo Soler, sencillamente sorprendente, se ha alejado de lo grotesco que suele hacer reír a los niños —porque su imaginación pone todo—, y se ha elevado hasta las alturas del teatro lírico en armoniosa gradación o en armónica coordinación: sainete, comedia, drama y música. ¿Qué otra cosa es la vida?

La escenografía recogió en sus colores de intensa luz la eclosión vital de los campos veracruzanos; la feérica luminosidad y las típicas instalaciones de los circos trashumantes; las notas citadinas, científicamente citadinas al simbolizar las radiodifusoras, como fuentes y arterias que dinamizan la comunicación entre los hombres, fueron mensajes al sentido práctico, mensajes al corazón, al espíritu.

Poesía, canto, música instrumental, danza, ballet, pintura, gimnasia. Todo, en conjunto, debido al poder de un hada blanca con varita mágica adorada por un astro; "un hada blanca y leve; un hada que tuvo por alcázar el cáliz de una flor", como en la estrofa sugerente y sonora de Amado Nervo. Sí, una muchacha bella haciendo el milagro de lo bello, simulando en sus traslados los movimientos rítmicos de un alma.

Desde el lugar que ocupen en el Universo, Maurice Maeterlinck, Andersen, Perrault y los hermanos Grimm, deben haber sonreído ante el talento demiúrgico de Alfredo Mendoza, que presentó lo humano—aspectos de la vida de Gabilondo Soler—con lo mejor de sus símbolos; símbolos diáfanos a la vez que misteriosos, al igual que lo son las aguas cristalinas y transparentes.

Del género dramático—literario-teatral—diríamos nosotros: comparecieron los elementos biográficos en oportuna presencia y distribución: "la vida reflejándose en el escenario como se refleja en espejo místico la belleza del mundo", y luego la técnica en forma magistral, combinando las artes ya mencionadas, desde el gesto del mimo hasta el patético gemino trágico.

Esta obra teatral de Alfredo Mendoza, debería llevarse a la pantalla. Si para la gota de rocío que tiembla sobre la corola mañanera ha sido necesario que transcurran siglos y más siglos de trabajo cósmico, imagínese el valor que tiene como labor física y técnica la preparación del espectáculo presentado:

Admirar. —dijo alguna vez Plunkett—, es ser santo. Los niños morelianos gozaron la obra —go-

Aprenda Michoacán a estimar a sus hombres valiosos. Alfredo Mendoza Gutiérrez es uno de ellos.



EL RATON Vaquero en la ratonera. La Muñeca Fea, la Negrita Cucurumbé, Hilacha y el Viejo Zapatero bailan regocijados por la captura del simpático roedor. Escena de la obra C.R.I.—C.R.I., del maestro Alfredo Mendoza.